

Mujeres de Camborne

Phoebe, una mujer indómita
Caron I, el candor de la inocencia



PILAR LEPE



P i l a r l e p e

Mujeres de Camborne

Phoebe, una mujer indómita
Caron I, el candor de la inocencia

k pilarlepe.esc@gmail.com

E www.facebook.com/PilarLepeAutor/

Q www.instagram.com/pilarlepe2

Mujeres de Camborne

Edición Especial
Romance Histórico
©Pilar Lepe

Todos los Derechos Reservados
© Safe Creative 1910082134786
Octubre 2019

Logo de Autor
Pamela Díaz Rivera
pdiazrivera@gmail.com

2019

Queda prohibida, sin la autorización escrita de parte de la autora, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y/o cualquier tipo de distribución ilegal.

Phoebe, una mujer indómita

Capítulo 1

Cornualles, Aldea de Camborne

Phoebe se limpió con el borde del vestido el sudor del rostro, ocasionado por el descenso desde el acantilado hasta la playa. Y a pesar de que no pasaban de las diez de la mañana, los niños se habían despojado de los zapatos y jugaban en la orilla del mar. Corrían hacia el agua y escapaban cuando venía la ola. Ella se puso una mano en la frente para tapar el sol y así poder observar el horizonte. Estaban esperando la llegada de los botes con su cargamento de sardinas. Luego tendrían que ir hasta el muelle, pero prefería pasar el tiempo en la playa mientras eso sucedía.

—¡Vamos, mamá, quítate los zapatos y ven con nosotros! —la llamó la pequeña Caron desde la orilla—. ¡El agua está muy buena! ¡Por favor, mamá!

—¡Sí, mamá, ven! —gritó también Dylan.

Cediendo a los ruegos de sus hijos, y a pesar de que no le gustaba perder el tiempo en juegos, se descalzó las botas, y se desprendió de las medias, dejando ambas cosas sobre una pequeña roca.

Cuando metió los pies al agua, gritó. Siempre le pasaba lo mismo: esa primera impresión por la frialdad del mar, la pescaba por sorpresa, pero pronto se le quitaba y gozaba igual que cuando tenía la edad de los chicos. Así estuvieron un buen rato, inclusive a Phoebe se le olvidó continuar con su observación. De repente, un bulto de algas llegó flotando hasta la orilla. De inmediato, Tate quien era el mayor, se apresuró a remolcar la maraña hacia la arena.

—Está pesado —dijo, y su rostro enrojeció por el esfuerzo.

—Deja eso, ¿qué harás con esas algas?

—Nada, solo verlas.

De pronto el bulto se quejó.

—¿Desde cuándo las algas se quejan? —preguntó Phoebe en voz alta, pero ninguno de sus tres hijos supo responder.

Phoebe miró a su alrededor buscando algo con que tocar el bulto, y descubrió una rama seca de árbol. Le dirigió una mirada de las que ella les daba a sus hijos cuando quería ordenarles tareas sin usar palabras, y Dylan fue inmediatamente en su busca.

Con la rama en la mano, tocó con confianza el bulto, pero no pasó nada. Aparte de ser bastante voluminoso, no parecía gran cosa.

—No es nada chicos. Solo fue el rumor del mar.

—¡Mamá, están volviendo los botes! —la alertó Tate, de repente.

—Regresmos entonces.

—¡Aaaawww!

Esta vez no fue el rumor del mar. Fue un largo gemido que emergió desde dentro del bulto de algas. Caron, decidida, se inclinó sobre el bulto e introdujo su mano en el interior.

—Mamá, hay algo adentro.

—¡Espera Caron! Yo veré qué demonios trajo el mar.

Ahora, más exasperada que curiosa, por estar perdiendo un tiempo valioso, se inclinó también sobre el bulto y con manos enérgicas hizo las algas a un lado. No pudo evitar proferir un grito de sorpresa al descubrir a un hombre debajo de toda esa maraña de plantas marinas.

Colby abrió con dificultad los ojos pues el dolor de cabeza era descomunal.

Cuatro pares de ojos lo observaban con atención como si de un insecto se tratase, y él en vez de sentirse agradecido de que lo hubieran encontrado, solo sintió furia por el descarado escrutinio.

—¡¿Por qué no me quitan esto de encima, en vez de estar mirándome con sus bobos ojos?! —A pesar de sentirse muy mal, pudo reunir fuerzas para arremeter con desprecio en contra de sus salvadores.

—¡Vamos, este señor no necesita nuestra ayuda! —
Phoebe se dio la media vuelta y sus hijos la siguieron, solo Caron se tomó el tiempo para levantar una de sus pequeñas manos y hacerle un gesto de despedida al hombre.

—¡Espere! —gritó él—. ¡Mujer, espere!

Con rapidez, Phoebe y los chicos comenzaron a subir el sendero que conducía a la parte de arriba de los acantilados, ya que era perentorio llegar al muelle antes de que se acabaran las sardinas.

Al comprender que no recibiría ayuda alguna, Colby comprendió que debía arreglárselas solo. A duras penas se levantó de la arena, sacudiéndose las algas pegajosas que se adherían a su cuerpo. Una breve inspección le mostró que no tenía más heridas que la de la cabeza, aunque sí, su cuerpo debía estar todo magullado pues no había lugar que no le doliera.

Levantado un poco la vista, observó que la ruda mujer y los mocosos, ya estaban alcanzando la planicie. Así que como pudo, descalzo y con las ropas mojadas, comenzó a caminar para seguir el rastro de la familia. Si no los perdía de vista ellos le indicarían el camino al pueblo.

Adivinó que estaba en Cornualles, porque a lo lejos divisó unas edificaciones de piedra que no podían ser otra cosa que minas. También percibió que se encontraba en un puerto, dado la gran cantidad de botes que había y un par de barcos que lo confirmaba. Desde donde estaba no alcanzaba a ver ningún muelle. Sin embargo, no tenía ni idea del lugar exacto.

Colby ardía en deseos de continuar despotricando, mas, concluyó que era un gasto inútil de energías si no tenía contra quién hacerlo. Así que decidió actuar con practicidad y ponerse a caminar hasta encontrar gente con más educación que estuviera dispuesta a echarle una mano a un forastero en apuros.

—Eres un hombre con suerte —se dijo en voz alta, cuando a lo lejos descubrió un conjunto de casas.

Pero su decepción fue inmensa al comprobar que no se trataba más que de un puñado de chozas y algunos cottages de piedra con techumbre de paja y cartón alquitranado. En fin, estaba tan cansado y famélico que pensó que al menos podrían brindarle una silla y algo de comer, aunque fueran nabos o betabeles. Sin embargo, lo insólito fue que no hubiera nadie en las casas, ¿qué hacía esa gente a esa hora de la mañana? Bueno, al menos de una de esas chozas, que estaba bastante alejada de las otras, salía humo. Esperanzado, continuó su camino hasta esa puerta.

—¿Hay alguien en casa?! —preguntó en voz lo suficientemente alta para que no quedara lugar a dudas de que alguien llamaba.

—¿Quién está ahí?! —interrogó a su vez otra voz desde adentro.

—¿Un forastero en apuros! ¿Podría ayudarme?!

—¿Tendrá que entrar, porque no hay forma de que yo pueda salir!

Colby empujó la desvencijada puerta, y entró a una habitación que debía ser la sala.

—¿Dónde está?!

—¿Acá, junto a la cocina!

Capítulo 2

La habitación era de un solo ambiente: la sala, el comedor y la cocina eran todo uno. Muy reducido, y de una pobreza casi extrema.

Colby observó hasta que localizó el lugar que la voz le había indicado: detrás de una pequeña puerta, había un pequeño cuarto con una cama, y sobre el lecho un viejo con rostro de uva pasa. No pudo evitar hacer una mueca de desagrado al entrar y respirar el aire viciado del lugar, quién sabe cuánto tiempo llevaba ese viejo allí, encerrado.

—¿Quién es usted?

—Ya le dije: un forastero en apuros.

—¿No tiene un nombre, forastero?

—Colby Rawson.

—Se nota que no es de por aquí.

—Una ola me botó.

—Y desde bien lejos parece.

—Eso creo... ¿En qué lugar estamos, exactamente? Sé que es Cornualles, pero nada más.

—En Camborne, Colby. ¿Tiene hambre? —Colby asintió—. Yo también, ¿sabe qué hará? Se irá hasta Portreath, y buscará la taberna de la mujer de Sheldon, y le dirá a mi hija que me han salido tres arrugas más esperando la merienda. Todos los días la envía al mediodía, pero hoy se olvidó, o simplemente no ha querido hacerlo.

—¿Es decir, que tendré que caminar más todavía, viejo?

—Si quieres comer, sí.

—¿No existe alternativa?

—No.

—¿Dónde está el resto de la gente?

—En las minas, o en el puerto.

—¿No tiene un caballo?

—Solo uno, y si mi hija te ve sobre él sin su permiso, es capaz de desollarte vivo.

—¿Cuánto tardaré en llegar?

—Una hora, así que es mejor que te pongas en marcha.

—¿Y usted?

—Estoy inválido, no puedo moverme sin ayuda. Tendrías que cargarme todo el camino y no creo que sea buena idea en las actuales circunstancias.

—Tiene razón.

—¿Regresarás?

—Sí —respondió Colby sin pensar.

Con sus extremidades cansadas y adoloridas por tanto esfuerzo, al que no estaba acostumbrado, Colby emprendió el camino hacia donde le había indicado el viejo. Si quería alimentarse no le quedaba otra que mendigar, pues ya se había revisado los bolsillos y obviamente no tenía nada de dinero, y menos aún cómo demostrar su identidad.

Tal como le había dicho Jowan Cough, luego de una caminata interminable, por fin divisó el puerto y las callejuelas cercanas a él. Colby sabía que en ese puerto se cargaban los barcos que transportaban cobre y estaño, tanto para el resto del Reino Unido, como para América, y por lo tanto a pesar de ser pequeño era muy importante. También estaba enterado de que la mayor pesca de la región la constituía el arenque, la que llegaba en grandes cardúmenes desde el Mar del Norte, durante el verano.

Arrastrando los pies, porque las llagas que se le habían formado en esas pocas horas, apenas le permitían caminar, se adentró en el pequeño pueblo para buscar la taberna de la mujer de Sheldon. Sin embargo, el cansancio no impidió que pensara con burla en quién sería esa mujer, o a qué se debería la fama del famoso Sheldon, para que ella no tuviera su propio nombre. De todas formas, pensó, faltaba poco para descubrirlo.

Colby estuvo preguntando por la mentada taberna desde que entró al pueblo, y aunque todos decían conocer quién era la mujer de Sheldon, eran pocos los que sabían de la taberna, hasta que un hombre con aspecto de estibador, le dijo que justo frente al muelle había un lugar peque-

ño que servía cerveza y comida. Le indicó por donde llegar y movió la cabeza al ver sus pies. Colby se sintió miserable. Que un hombre humilde como aquel sintiera compasión por él, lo derrotó completamente.

—Soy naufrago, el mar me lanzó en la playa. —No supo por qué se sintió en la obligación de explicarse, quizás para justificar el estado en el que se encontraba, aunque lo más probable era que al otro hombre poco le importara.

—Consígase unas botas lo más pronto posible, se ve que usted no está acostumbrado a no llevar nada bajo los pies.

—Ni siquiera supe si viviría, así que encontrarme aquí hoy sin zapatos es lo de menos.

—No se preocupe, la mujer de Sheldon lo ayudará.

—Gracias.

Colby reemprendió su marcha, esta vez con el peso extra de la vergüenza: que un hombre de su categoría fuera digno de lástima, era el colmo de lo que su dignidad podía soportar. De algún modo tendría que conseguir dinero para regresar, o escribir a casa para que fueran por él, pero ¿a quién?, se preguntó después. Por suerte encontró pronto la dirección de la taberna, y se olvidó de sus lamentaciones.

La taberna no podía estar peor ubicada, medio escondida junto a un establo. Cuando Colby traspasó la puerta en vez de que lo recibiera el aroma a comida o el tufo a cerveza de los parroquianos, lo único que fue capaz de identificar fue el hedor de los caballos.

El lugar era pequeño, y apenas tenía tres mesas con cuatro sillas cada una, y una barra con otros cuantos taburetes. Frente a la barra no había nadie. Él se sentó y esperó. A los pocos minutos, apareció una mujer de atrás de una cortina, cargando una bandeja de madera.

—¿Quién pidió arenques fritos? —preguntó alegremente a sus clientes, y la mayoría levantó la mano.

—No puede ser, si es la mujer grosera de la playa.

—¿Y usted, que va a querer? —le preguntó, volviéndose hacia él.

—¿Usted es la mujer de Sheldon?

—Era, el infeliz se murió hace cuatro o cinco años, ya perdí la cuenta... Pero, dígame qué quiere.

—Me envía su padre.

—¿Y qué quiere el viejo?

—Su merienda. Le prometí llevársela.

—¿Usted? ¿De qué le conoce?

—De ninguna parte. Solo pasé a pedir ayuda, y él me envió. Dijo que me daría de comer a mí también.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Porque soy el forastero que no quiso auxiliar en la playa.

Capítulo 3

—¡Ah! Usted es el borracho que dormía entre las algas.

Colby miró a Phoebe como si quisiera asesinarla, ¿cómo osaba tratarlo de esa forma?

—Permita que le aclare que no estaba borracho, señora mujer de Sheldon. Estaba viajando con destino a América, y fuimos atacados por piratas.

—Entonces, es un marinero.

—No soy un marinero, sino un pasajero.

—¿Y qué pasó con el resto de la gente? ¿Por qué no han aparecido más naufragos en la costa?

—No tengo la respuesta para su pregunta. Solo sé que me embarqué en el Enrique VIII, en Poole, hace cinco días.

—¿Cómo sé que dice la verdad?

—Míreme.

Phoebe lo miró con los ojos entrecerrados.

—Solo veo a un hombre andrajoso y descalzo.

—¡Por supuesto, si lo que no me robaron se lo llevó el agua! ¿Sabe? Deme la comida para llevársela al viejo, luego me marcharé.

Phoebe regresó a la trastienda, y a los pocos minutos volvió con un pequeño bulto de trapo.

—Tome, aquí hay comida para los dos. Después que coma, puede marcharse.

—Gracias, últimamente solo he tragado agua salada.

—Si eso fuera verdad, ya estaría muerto.

—Lamentablemente estoy vivo.

—¿Por qué lo dice?

—No es nada, olvídalo.

Phoebe se encogió de hombros y se dio la media vuelta para regresar a la trastienda, pero un fuerte ¡auch!, la detuvo.

—¿Qué le ocurre, hombre de Dios!

—He chocado con una silla.

Phoebe quiso reír, pero en el fondo le dio pena el hombre. Todo en él la inclinaba a sentir lástima, y no quería volverse a sentir así por ningún hombre.

—Pregúntele al viejo si tiene algo que le pueda servir — le dijo secamente. Luego se volvió de nuevo y desapareció tras la cortina.

Colby se alejó de la taberna, pensando en el largo trecho que le esperaba para llegar a la choza del viejo. Aunque fuera por primera vez en su vida, pensaba cumplir su palabra.

Phoebe regresó a la cocina. En la lumbre tenía una gran cacerola llena de sopa. A eso de las cinco comenzaría a llegar su clientela habitual, y aún le faltaba cocer los nabos y pelar las papas que freiría para servir las junto a los arenques, también fritos.

Mientras revolvía el cazo con el cucharón, Phoebe, se quedó pensando en el forastero, ¿quién sería? ¿Un delincuente? ¿Un señorito de alta cuna? Era bastante difícil adivinarlo, ya que no parecía más que un pordiosero. Luego sacudió la cabeza para alejar su atención de aquel hombre, no valía la pena tomarse la molestia de pensar en un desconocido que solo estaría de paso como todos.

Ante el mundo, Phoebe, simulaba su desinterés por los hombres, pero muy dentro de su corazón anhelaba que algún día llegara alguno que la amara a ella más que a la bebida, o que, a otras mujeres. No le interesaba si tenía bienes o no, solo que la amara y la tal y cómo era. Eso sí, quien la quisiera no coartaría su independencia, y además tendría que quedarse con el bulto completo.

Colby iba maldiciendo por el camino de regreso a la baña del viejo. Estaba sucio, cansado, famélico, pero increíblemente los pies se iban acostumbrando poco a poco a caminar sobre el suelo empedrado.

Pudo haber desenvuelto el envoltorio y comer algo del contenido, pero desistió porque si lo hacía lo más probable